

Los peligros de un «compromiso histórico» español

Bosco Esteruelas

Tre importantes sucesos políticos, que se suceden velozmente al comienzo de la década actual, originarían la revisión de la política de los partidos comunistas europeos: a devaluación del dólar en agosto de 1971; el derrocamiento de Salvador Allende en septiembre de 1973, y la crisis del petróleo en otoño del mismo año.

Este acontecer de hechos demotivadores de una realidad cambiante jugaría al Comité Central del PC italiano (PCD) y en particular a su secretario general, Enrico Berlinguer, a reactualizar la política de las naciones hacia el socialismo, que ya habían definido Maurice Dorez, Georges Dimitrov y Palmira Togliatti, secretarios generales a los PC francés, búlgaro e italiano respectivamente, al término de la segunda guerra mundial. Enrico Berlinguer llamó la suya **compromiso histórico**.

Crisis económica

Los dos acontecimientos económicos provocarían, como es bien sabido, una crisis económica de grandes proporciones, de la cual no se ha salido todavía. El trágico final pleno obligaba a poner en cuestión la eficacia de una vía pacífica hacia el socialismo. Por todo ello, el CI afirmaba que era necesario para la transformación social y económica del país, de Italia se entiende, la colaboración entre todas las fuerzas democráticas y populares, incluyéndose entre ellas, obviamente el Partido Comunista.

Los años han transcurrido e Italia ha visto el espectacular crecimiento del PCI, que ha obtenido en las últimas elecciones de junio de 1976 un 34,4 por 100 de votos frente al 38 por 100 de los demócratacristianos. Al mismo tiempo, la economía del país alpino ha venido deteriorándose gravemente. Basta exponer algunas cifras: inflación superior al 24 por 100, más de un millón de parados, previsión de un crecimiento cero para 1977, etcétera.

Lo que sigue es ya conocido por todos: El Gobierno demócratacristiano de Giulio Andreotti debe su precaria permanencia a la política abstencionista del PCI. Es decir, que existe un apoyo tácito por parte comunista a las medidas económicas adoptadas por el Gobierno italiano. No obstante, la base del partido no está muy de acuerdo con una postura que por el momento no tiene una contrapartida gubernamental. No existe un eficaz control de las evasiones de capital ni tampoco se detiene a los defraudadores fiscales, al tiempo que la moneda se hunde, las conquistas sindicales son refrenadas y los salarios congelados. La austeridad propugnada por el Gobierno, y aceptada por Berlinguer, azota más a la clase obrera que al gran capital. El peligro de toda esta política no reside precisamente en la explosión de una clase obrera, sino, por el contrario, en la decepción, en la desesperanza de ésta que podría provocar la destrucción de la única barrera democrática frente a una voluntad

de derribar instituciones medianamente frágiles.

El caso español y la crisis económica

Se ha dicho que las próximas elecciones españolas, después de cuarenta años de duro silencio, tienen un carácter excepcional, pues lo que se va a ventilar es si se quiere una auténtica democracia o una reforma pseudodemocrática. No cabe duda que cuando se está dilucidando la conquista pacífica de las más elementales libertades formales es más fácil la unión de las fuerzas democráticas. Otra cosa distinta será cuando al redactarse la futura Constitución se plantee la forma de Estado y la organización social de la nación.

Algunas fuerzas han hablado de un pacto constitucional que integre a los verdaderos partidos democráticos frente a los demócratas de nuevo cuño. Sea como fuere, el Parlamento y Gobierno elegidos, y en suma el país entero, no podrán escapar de esa pesadilla que supone hoy la situación económica del país.

Cuatro problemas de difícil y no rápida, lo que es grave, solución: inflación, desempleo, déficit exterior y atonía inversora. Al término del año 1976 el índice de desempleo ascendía a un 5,5 por 100, el crecimiento del coste de la vida era de un 20 por 100 y el déficit de nuestra balanza de pagos era de 4.200 millones de dólares. El nuevo parlamento se encontrará así con una pesada deuda que tendrá que ser paliada con caracteres de urgencia. Las medidas impuestas no

podrán ser generosas a corto plazo. El pacto social se dejará caer sobre el tapete.

Salvación nacional

Por múltiples circunstancias, que no hace al caso analizar aquí, los grupos políticos que acudirán a las elecciones no tienen una fuerza individual lo suficientemente grande como para obtener una cómoda mayoría. Ni siquiera las embrionarias alianzas centristas invalidan este aserto. Por consiguiente, no es aventurado pensar que el primer Gobierno democrático del Rey Juan Carlos lo constituya una amalgama de representantes de fuerzas que irían desde la derecha fraguista hasta la izquierda gonzalista, excluyéndose al PCE, pero con su apoyo indirecto.

Es decir, un Gobierno de salvación nacional, producto más que de los bajos porcentajes alcanzados, de la imperiosa urgencia por resolver la crisis económica. Las medidas establecidas, a corto plazo, podrían ser no del agrado de todos y, quizá, no muy generosas para la clase obrera. Las cesiones que ésta tendría que hacer frente a la política gubernamental en aras de un bienestar común podrían hacerle perder su combatividad reivindicativa y verse mestizada por el Poder. Los dirigentes de los partidos de izquierda tendrían que esforzarse en hacer comprender a sus bases, como ahora le ocurre a Berlinguer, que existe una relación política entre austeridad y renovación política. Pero hay que demostrar primeramente esa conexión.